

Grafito

PIEL CANELA

Jorge Durand

El más reciente libro del maestro Álvaro Ochoa, *Afrodescendientes sobre piel canela*, recientemente publicado por El Colegio de Michoacán, pone sobre el tapete un problema añejo y olvidado, el de esa parte fundamental de nuestro compuesto racial mestizo: la herencia negra. Tan negro fue nuestro pasado ancestral, como tuvo de blanco y de bronce. Aunque a fin de cuentas, la combinación de colores blanco, negro y prieto, dio como resultado un reforzamiento de la gama intermedia y se consolidó lo que conocemos como raza de bronce.

Tres herencias raciales que a su vez representan una multiplicidad de herencias culturales, que se manifiestan de muy distintos modos y maneras en bailes y sones, artes y oficios, herramientas e instrumentos. Y este libro es fiel herencia de estos rasgos, de estos hilos, aparentemente sueltos y desconectados, pero que Álvaro Ochoa ha sabido urdir para presentarnos un trabajo acabado sobre nuestros ancestros de origen negro y mulato, ancestros que quedaron en la oscuridad y que

a fuerza de negarlos, pasaron al destierro y al olvido.

Escudriñar un pasado que ha sido negado es doblemente complicado. En estos casos el investigador debe recurrir a fuentes muy diversas y debe trabajar con elementos aislados y dispersos que finalmente deben quedar relacionados. Para colmo cuenta con la incredulidad del público que se niega a aceptar verdades comprobadas. Pero Álvaro Ochoa, afronta el reto y se propone develarnos dos misterios. El primero tiene que ver con el fandango, música y baile negros, pero que resulta ser el antecesor directo e inmediato del mariachi, prototipo actual de lo mexicano.

Pero el autor va más allá y propone develar nuestro subconsciente racial. De ahí la relevancia de hacer un intento de psicoanálisis recurriendo a un caso notable, al del mexicano por excelencia, al del último héroe de la revolución mexicana: Lázaro Cárdenas.

Y las genealogías no engañan, más aun en estos lares donde los párrosos se esforzaron en señalar y distinguir racialmente a los neófitos, los padres de familia y los consortes. Según las fuentes consultadas, el general Cárdenas tiene un pasa-

do remoto en los negros esclavos y libertos que pululaban por la hacienda y ranchos de Guaracha y un pasado reciente marcado por el tinte mulato. El héroe de Jiquilpan se distingue a todas luces por su piel de bronce. Pero a partir del trabajo de Álvaro Ochoa, sustentado en fuentes tan inéditas como irrefutables, nos permite maliciar que esos labios grandes e inconfundibles del general tienen algo de sus ancestros. Curiosamente, o mejor dicho lógicamente, don Lázaro no hace referencia, en sus memorias, a este origen mulato y si se solaza afirmando que en su familia había un claro ascendiente criollo e indígena. Él mismo afirma que su interés por la raza indígena se debe, en buena parte, a su origen familiar. Muy posiblemente Cárdenas desconocía su origen mulato y muy probablemente sus padres o abuelos se encargaron de ocultarlo y dejarlo en el olvido.

Dejar en el olvido los orígenes oscuros, más que un problema personal o familiar es un fenómeno social. En México la herencia negra se ha diluido de tal manera que Iguiniz, un viajero que pasó por Guadalajara en 1796, afirmaba que “las mulatas de Guadalajara son

enteramente blancas: he visto algunas que no se las conocía la casta, si no hubieran dicho que eran hijas de negro y blanco". La confusión persiste en la actualidad, de ahí que no sea de extrañar la expresión de una señora proveniente del Distrito Federal cuando visitó la zona ranchera de los altos de Jalmich: "qué Güeros son los indios de por aquí". En este mar de confusión, Álvaro Ochoa pone orden, cuando puede y cuando los documentos lo permiten, porque él mismo afirma que el bisabuelo de Cárdenas fue calificado en diferentes momentos como indio, mulato y español.

A pesar de lo intrincado de la trama el autor sigue y persigue, a su escurridizo sujeto de estudio, por la costa del Pacífico. Se detiene en Oaxaca, luego pasa revista al caso de Guerrero y llega a Michoacán, para finalmente detenerse en las haciendas de Guaracha y Buena Vista.

Los negros del oeste mexicano se dedicaban a sus tareas prototípicas: el cultivo del algodón y la caña, se desempeñaban en actividades comerciales y artesanales, además de ser aficionados al baile, el juego y la pendencia. Pero es de llamar la atención que también fueran aficionados al caballo "al que usan todo el día hasta el grado de no andar por su pie ni aún el más pequeño espacio de tierra que les exijan sus

diligencias". También figuran como diestros en el uso de armas blancas y como buenos soldados, con la ventaja adicional de que eran intrépidos y soportaban con naturalidad la falta de alimentos, el frío y la desnudez.

De ahí que Álvaro Ochoa le siga la pista a los negros y mulatos que participaron en los conflictos bélicos de la época. Los vemos actuar en tiempos de la Independencia, luego durante la Intervención y también en los conflictos locales, como el de los religioneros, al cual le dedica capítulo aparte.

Entre los rasgos culturales provenientes de nuestra herencia africana Álvaro Ochoa destaca muchos, pero yo quisiera detenerme sólo en dos: la cazanga y el fandango. La cazanga según Álvaro Ochoa tiene "una evidente filiación africana". Pero desde mi peculiar punto de vista, anterior a haber leído este libro, se trataba más bien de un híbrido entre la hoz y el machete. Siempre me llamó la atención esta herramienta, tan difundida en la ciénega de Chapala y la sierra del Tigre, por sus múltiples usos y porque requiere una muy peculiar destreza para manejarla de manera eficiente. Hacer una geografía del uso de esta herramienta, determinar su alcance, su profundidad histórica y sus variantes regionales bien merece

otro capítulo por parte de tan metódico investigador.

Finalmente quisiera detenerme en el fandango, como antecesor directo del mariachi y hacer referencia a la portada del libro, al mosaico estilo "petatillo" de tipo puntillista, proveniente de San Pedro Tlaquepaque y que podría datarse de principios de siglo. Y quiero relacionar esta portada con la descripción que recoge Álvaro Ochoa de J. Pierres, en 1909, en la que enumera a los músicos que participan en un fandango: "arpero, violinista, guitarrero, cantador y tamboreador", con el remate final de que en "estas fiestas se liba mucho" (p. 139).

Descripción que concuerda plenamente con el mosaico en cuestión, que tuve el gusto de comentar, hace ya varios años, con Álvaro Ochoa y que él acertadamente coloca como portada de su obra. Esto también explica, que un investigador ajeno a estos temas haya tenido el honor de reseñar esta obra. ■

Álvaro Ochoa Serrano, *Afrodescendientes sobre piel canela*, México, Gobierno del Estado de Michoacán y El Colegio de Michoacán, 1997.